

Nancy Morejón

Poeta y ensayista, Nancy Morejón (La Habana, 1944) es una de las grandes voces de la poesía cubana de mayor proyección mundial. Su labor poética ha sido reconocida a nivel nacional con la Distinción por la Cultura Nacional y el Premio Nacional de Literatura (2001). En el ámbito internacional ha recibido, entre otros galardones, la medalla Víctor Hugo (2009), que le fue concedida por la UNESCO en París; el Premio Rafael Alberti (2007); Escritora Gallega Universal (2008), el Premio LASA 2012; además de la Orden de las Artes y Letras de la República Francesa (2013). La Universidad Cergy-Pontoise de París le concedió un doctorado *Honoris Causa* (2009). Es miembro del Consejo Asesor de la Organización de Escritoras de África (OWWA) y miembro permanente del jurado del Premio Carbet del Caribe, cuyo fundador fuera el escritor martiniqués Édouard Glissant. Fue directora (1993-1995) de la editorial PM de la Fundación Pablo Milanés y del Centro de Estudios del Caribe de Casa de las Américas (1986-1993), institución cultural donde continúa como asesora. Presidenta (2008-2014) de la Asociación de Escritores de la UNEAC, desde el 2012 es Directora de la Academia Cubana de la Lengua. Su poesía ha sido traducida a numerosos idiomas, incluido el inglés, el francés y el alemán. Entre sus recientes poemarios se encuentran *Peñalver 51* (2009), *La Habana expuesta* (2012) y *Querencias / Homing Instincts* (2014).



Casa de los esclavos. Hueco por donde se ve el océano que forzados habrían de cruzar los africanos para nunca más retornar a África. Île de Gorée. Dakar, Senegal. Fotografía de Ciara Rivera.



Nancy Morejón. Fotografía de Daisy Salas.

Mujer negra

NANCY MOREJÓN

Todavía huelo la espuma del mar que me hicieron atravesar.
La noche, no puedo recordarla.
Ni el mismo océano podría recordarla.
Pero no olvido el primer alcastraz que divisé.
Altas, las nubes, como inocentes testigos presenciales.
Acaso no he olvidado ni mi costa perdida, ni mi lengua ancestral
Me dejaron aquí y aquí he vivido.
Y porque trabajé como una bestia,
aquí volví a nacer.
A cuanta epopeya mandinga intenté recurrir.

Me rebelé.

Su Merced me compró en una plaza.
Bordé la casaca de Su Merced y un hijo macho le parí.
Mi hijo no tuvo nombre.
Y Su Merced murió a manos de un impecable *lord* inglés.

Anduve.

Esta es la tierra donde padecí bocabajos y azotes.
Bogué a lo largo de todos sus ríos.
Bajo su sol sembré, recolecté y las cosechas no comí.
Por casa tuve un barracón.
Yo misma traje piedras para edificarlo,
pero canté al natural compás de los pájaros nacionales.

Me sublevé.

En esta tierra toqué la sangre húmeda
y los huesos podridos de muchos otros,
traídos a ella, o no, igual que yo.
Ya nunca más imaginé el camino a Guinea.
¿Era a Guinea? ¿A Benín? ¿Era a
Madagascar? ¿O a Cabo Verde?

Trabajé mucho más.

Fundé mejor mi canto milenario y mi esperanza.
Aquí construí mi mundo.

Me fui al monte.

Mi real independencia fue el palenque
y cabalgué entre las tropas de Maceo.
Sólo un siglo más tarde,
junto a mis descendientes,
desde una azul montaña,

bajé de la Sierra

Para acabar con capitales y usureros,
con generales y burgueses.
Ahora soy: sólo hoy tenemos y creamos.
Nada nos es ajeno.
Nuestra la tierra.
Nuestros el mar y el cielo.
Nuestras la magia y la quimera.
Iguales míos, aquí los veo bailar
alrededor del árbol que plantamos para el comunismo.
Su pródiga madera ya resuena.

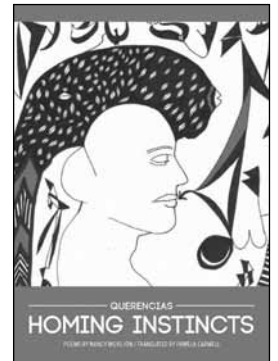
NEGRO

Tu pelo,
para algunos,
era diablura del infierno;
pero el zunzún allí
puso su nido, sin reparos,
cuando pendías en lo alto del horcón,
frente al palacio
de los capitanes.
Dijeron, sí, que el polvo del camino
te hizo infiel y violáceo,
como esas flores invernales
del trópico, siempre
tan asombrosas y arrogantes.
Ya moribundo,
sospechan que tu sonrisa era salobre
y tu musgo impalpable para el encuentro del amor.
Otros afirman que tus palos de monte
nos trajeron ese daño sombrío
que no nos deja relucir ante Europa
y que nos lanza, en la vorágine ritual,
a ese ritmo imposible
de los tambores innombrables.
Nosotros amaremos por siempre
tus huellas y tu ánimo de bronce
porque has traído esa luz viva del pasado fluyente,
ese dolor de haber entrado limpio a la batalla,
ese afecto sencillo por las campanas y los ríos,
ese rumor de aliento libre en primavera
que corre al mar para volver
y volver a partir.

(De *Piedra pulida*, 1986)



Palacio de los Capitanes Generales. Antonio Fernández Trevejes y Pedro Medina. Casa de Gobierno, c. 1776–1791. Plaza de Armas, Havana, Cuba. Fotografía de Paul Niell.





Roberto Diago. *Cuba sí!* 2000. Técnica mixta / yute. 200 x 300 cm. THEO Habana Collection.